

## SEGUNDO CUADRO.

Decoración del acto tercero.

## ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

- Enr.—¿Qué falta, Cromwell?  
 Crom.— Señor,  
 Vuestras órdenes siguiendo,  
 El conde Rochford y Norris,  
 Wáston, Bréretón y Sméton,  
 Han sido decapitados  
 Dentro de la Torre.
- Enr.— Bueno.  
 ¿Y esa mujer?  
 Crom.— Ya está todo  
 Para el suplicio dispuesto.  
 Hice venir al verdugo  
 De Calé, que es el más diestro,  
 Porque la pobre señora  
 Tenga que padecer menos.
- Enr.—¿Eres muy piadoso, Cromwell!  
 ¡Y te negarán tus émulos  
 Esta virtud!
- Crom.— Es el mundo  
 Siempre muy injusto.
- Enr.— Cierto.

- Crom.—Traigo á V. M.  
 Aquel otro documento  
 Que esperaba.
- Enr.— ¿Cuál?  
 Crom.— El fallo  
 Del primado, cuyo objeto  
 Es anular vuestro enlace  
 Con Ana Bolena: vedlo;  
 Se funda la decisión  
 En que contrajo en un tiempo  
 Ana Bolena esponsales  
 Con Enrique Percy.
- Enr.— Creo  
 Que esta decisión no agrade  
 Á ese bravo caballero;  
 Pero á mí me importa: ¡bien!  
 Pon allí ese documento.  
 ¿Qué te parece del drama  
 Que representamos?
- Crom.— Pienso  
 Que está cerca el desenlace.
- Enr.—Debe terminarse presto.  
 ¿No tendrá segunda parte?  
 ¿Un ministro, no es un bello  
 Personaje?
- Crom.— Si, señor,  
 Con tal que el drama funesto  
 Con su muerte no termine:  
 Y mejor fuera por cierto  
 No ejecutar ya más dramas  
 Trágicos.
- Enr.— En este has hecho  
 Un papel muy distinguido.

- Crom.—Sin embargo, ya deseo  
Que acabe.
- Enr.— Cuidado, Cromwell;  
No sea que en un día de estos  
Haya otro drama, llamado:  
"Muerte de un ministro."
- Crom.— Espero  
Que no lo habrá, porque nunca  
Será el ministro indiscreto.
- Enr.—Está bien; pero ya es tarde,  
Y muchas cosas tenemos  
Que hacer hoy. Haz que apresuren  
Esa ejecución, y luego  
Que se arreglen esos trajes  
De boda: que esté dispuesto  
El altar para mañana,  
Pues mañana mismo quiero  
Unirme á Lady Seymour.  
Que haya un aparato regio:  
Músicas, bailes, convites,  
Espectáculos y fuegos:  
Que la nueva soberana  
Todo lo encuentre risueño  
Y hermoso cual su semblante.
- Crom.—Sereis, señor, satisfecho.
- Enr.—¿Y cómo sabré aquí mismo  
El instante en que haya muerto  
Esa mujer? Es precisa  
Una señal.
- Crom.— El momento  
De su muerte un cañonazo  
Os lo hará saber.
- Enr.— Entiendo.

- Que asista Juana Seymour;  
Este saludable ejemplo  
Puede servirla de mucho:  
Mi hijo natural deseo  
Que también asista, el duque  
De Richemond, porque quiero  
Que se acostumbren sus ojos  
A espectáculos sangrientos.  
No olvides la ceremonia  
De mañana, conde, y luego  
Que la ejecución termine,  
Lávase la sangre: el suelo  
Cubrid con hermosas flores;  
Que ni el rastro más pequeño  
Quede de lo que ha pasado.
- Crom.—¿Y dónde sepultaremos  
El cadáver? ¿A la vista  
Le dejaremos del pueblo  
Algunos instantes?
- Enr.— No;  
Enterradle en el momento  
De la Torre en la capilla.  
Parte, Cromwell.
- Crom. Obedezco.  
(¿Qué calma tiene el monarca!  
¡Nunca lo ví tan contento!) (Vase).

## ESCENA II.

ENRIQUE VIII.

¡Anda, Cromwell, que tal vez  
 Tu hora llegará algún día!  
 ¡Y la mía! ¡cielos! ¡la mía!  
 Todos tenemos un Juez.  
 No importa: este pensamiento  
 Es preciso desechar;  
 Debemos vivir, gozar,  
 Mientras llega ese momento.  
 ¡Cuánto tarda el nuevo día!  
 ¡Mañana! ¡oh placer! mañana  
 Serás mía, hermosa Juana;  
 ¡Para siempre serás mía!  
 Y arrobado, embebecido,  
 Contemplando tu hermosura,  
 Hallaré en ti la ventura,  
 Del universo en olvido.

## ESCENA III.

ENRIQUE VIII, UN PAJE, después KINSTON.

Paje.—Sir Williams Kinston espera  
 Para pasar, el permiso.  
 Enr.—¿El teniente de la Torre?  
 Haced que pase.  
 (Vase el paje, y sale Kinston.)

¡Oh mi antiguo  
 Y buen servidor! ¿Qué nuevas  
 Os traen por estos sitios?  
 ¿Venís á darme las gracias  
 Tal vez, porque compasivo,  
 De vuestra querida Torre  
 Cinco huéspedes os quito?  
 Hablad.

Kin.—Vuestra augusta esposa....

Enr.—¿Cuál de ellas? porque he tenido  
 Dos, y espero que mañana  
 Otra ha de ocupar el sitio.Kin.—La infeliz Ana Bolena,  
 Que en este momento mismo,  
 Vuestra voluntad cumpliendo,  
 Camina para el suplicio,  
 Me ha encargado que os trajese  
 Con sus últimos suspiros  
 Un triste mensaje.

Enr.—¿Cuál?

Kin.—Dejadme para decirlo,  
 hacer lo que me mandó.

(Hinca una rodilla.)

Enr.—¿Qué haceis?

Kin.—La reina me ha dicho:

“De rodillas ante el rey  
 Postraos, mi buen amigo,  
 Y decidle que si acaso  
 Alguna vez á su oído  
 Fueron dulces mis palabras,  
 Si un resto, no de cariño,  
 Sino de piedad, conserva,  
 Por acaso en favor mío,  
 Por la memoria sagrada

De sus padres, le suplico  
 Qué sobre mi hija no caigan  
 Sus furros; que el delito  
 Que me suponen es falso;  
 Que yo de nuevo lo afirmo  
 En el instante solemne  
 En que á la tumba camino:  
 En fin, le direis que sufro  
 Los más horrendos martirios;  
 Pero que yo le perdono."

Enr.—Gracias. Levantaos, Kinston.

Kin.—No, gran rey; si de la reina  
 El triste encargo he cumplido,  
 Quiero, señor, que escucheis  
 Lo que yo quiero deciros.  
 Esa joven desgraciada  
 Es inocente: yo he oído  
 Las palabras que pronuncia  
 Cuando se halla sin testigos:  
 He observado atentamente  
 Si en sus frecuentes delirios  
 Se le escapaba un acento  
 Que indicase su delito;  
 Pero en vano, es inocente,  
 ¡Inocente! yo lo afirmo  
 Por mi honor. El sacerdote,  
 Gran señor, que la ha asistido,  
 Lo dice también. Os ruego  
 Que suspendais el suplicio,  
 No caiga luego esa sangre  
 Sobre vos y vuestros hijos.

Enr.—Basta, Kinston: levantaos:  
 (Se levanta.)

Ya ha decretado el destino  
 La muerte de Ana Bolena.  
 Cúmplase, pues.

Kin.— ¡Qué tranquilos  
 Mandan la muerte los reyes!  
 (Suena la campana, que seguirá por inter-  
 valos hasta el fin.)  
 ¡Oh cielos! ese sonido  
 Es señal de que la reina  
 Marcha al cadalso. ¡Ah Dios mío!

#### ESCENA IV.

Dichos, ISABEL PRESTON.

Enr.—¿Quién llega?

Isab.—(Hincándose).

Vedme otra vez,  
 ¡Oh gran rey! á vuestras plantas.  
 Y bien que tan poco influjo  
 Tengan, señor, mis palabras,  
 Ya resistir no he podido  
 El impulso que me arrastra.  
 ¡Señor, por el alto cielo,  
 Por la Omnipotencia santa,  
 Por vuestros hijos queridos,  
 Trocad la sentencia infausta  
 De la reina: ¡es inocente!  
 En este instante la arrastran  
 Al suplicio: todo el pueblo  
 Llanto de piedad derrama.  
 Salid á verla, señor,

Salid, tal vez vuestra alma  
Se conmoverá á su vista.  
Oid, oid la campana  
Que los corazones hiela;  
Señor, corred á salvarla:  
¡Es inocente, inocente!  
Que su cabeza no caiga:  
Corred, todavía es tiempo.

Enr.—(Queriéndola levantar.)

Basta, Lady Preston, basta.

Isab.—¡Ah! no, monarca clemente,  
No dejaré vuestras plantas.  
Piedad, señor, piedad piden  
De Ana Bolena las damas,  
Y otros muchos por mi boca  
Vuestra clemencia reclaman.

Kin.—Sí, perdonadla, señor.

Enr.—Ya vuestro ruego me cansa  
Inútilmente: es preciso  
Que muera esa desdichada.

### ESCENA V.

Dichos, PERCY.

Percy.—Enrique, Enrique, es tiempo to-  
(davía:  
Os vengo á hablar en nombre del Eterno.  
Si apreciáis vuestro nombre, si los gritos  
De la conciencia oís, si al Juez severo  
Ante quien parecer debéis un día,  
Algún temor conserva vuestro pecho,

Impedid que esa sangre se derrame,  
Impedid que los siglos venideros  
Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos  
Sufran de la ignominia el duro peso.  
¡Justicia! ¡oh rey! ¡justicia! Vendrá un día  
En que comprar quereis á cualquier precio  
Un momento de paz; ¡será ya tarde!  
Un implacable, atroz remordimiento  
Vuestras entrañas romperá, y en vano  
Demandareis piedad al justo cielo.  
La sangre de esa víctima infelice  
Se alzaré contra vos, y vuestros huesos  
Quemará, y gemireis, y esos gemidos  
Con risa horrible aplaudirá el infierno.  
Enr.—¡Basta, conde, callad! Mi tolerancia  
Vais apurando ya, ¡viven los cielos!  
Temed mi indignación.  
Percy.— Nunca he temblado:  
Tiemble sólo el malvado, tiemble el reo;  
Mas yo defendo la justicia santa,  
Yo la inocencia y la virtud defendo.  
Arrancadme la vida si así os place:  
Dividid mi cabeza de mi cuerpo;  
Temblar no me vereis en el suplicio,  
Mi nombre cubriéis de lauro eterno.  
¡Oh Dios! ¡oh santo Dios! las horas corren!  
¡Ana infeliz! ¡se acerca ya el momento!  
¡Oh rey! jamás un Percy la rodilla  
Ante un hombre dobló; y á tus pies puesto,  
Enrique clama en lágrimas bañado,  
¡Piedad! ¡piedad! concibe mi tormento.  
No derrameis la sangre de una esposa.

Enr.—No era mi esposa, conde, he aquí  
(el decreto

Del primado, que anula el matrimonio,  
Porque con vos contrajo en otro tiempo  
Esa mujer solemnes esponsales.

Percy.—¡Qué escucho! ¡Eterno Dios!  
(¡No estais contento

Con derramar su sangre, y en su hija  
También os vengareis? Pero si es cierto  
Ese motivo, la sentencia es nula:

¡Cómo sin matrimonio hay adulterio!

¡Mi esposa! si lo fuese, ¿quién osara

Arrancarla de mí? ni el poder vuestro

Fuera capaz de tanto, sin que antes

Pudiera hollar mi desangrado cuerpo.

Si fuese mía, el universo absorto

Me hubiera visto trastornar un reino,

Antes que á ella en un cadalso infame,

Yo hubiera levantado mil guerreros,

Y ayudado de Dios y de mi brazo,

Hubiera penetrado á sangre y fuego

En la ciudad y en el palacio mismo,

O matando tal vez hubiera muerto.

Enr.—¡Pobre conde, ya el juicio habeis  
(perdido:

De vuestro frenesí me compadezco!

Isab.—Señor, señor, oid esa campana:

Tal vez, tal vez el último momento

Es de su vida; esos confusos gritos

Son los tristes gemidos de los buenos.

Acaso sube las horribles gradas.

¡¡Piedad!! (Echándose á los pies  
del rey.)

Kin.— ¡¡Piedad!!...

Percy.— ¡¡Salvadla!!.....

(Se oye un cañonazo, y cae Percy sobre  
una silla.)

Enr.— Ya no es tiempo.

¡No existe Ana Bolena! Juana es mía.

Isab.—¡Ah!

Percy.—¡¡Confúndate Dios en el infierno!!

